

Federico Willoughby

*La guerra: Páginas íntimas del poder 1957-2014*, Uqbar Editores, Santiago, 2014

ISBN: 978-956-363-925-7, 348 páginas

En la magnífica fotografía de tapa se le ve con las manos levemente posadas sobre la superficie azabache de un pupitre, intachablemente vestido, mirando desde la media penumbra que lo envuelve hacia ninguna parte. Perfil aquilino, ojos dóciles. Parece el retrato al óleo de un antiguo director de la OSS, la vieja Oficina de Servicios Estratégicos, fijado aun muro de los cuarteles generales de Langley. Mas no. Es Federico Willoughby y probablemente tiene la mirada vuelta más sobre sí mismo que hacia un horizonte aparente. Y ese sí mismo, a los setenta y seis años de edad, son más que nada sus recuerdos. Pero se trata de los recuerdos de Willoughby, no los de cualquier hijo de vecino.

Convengamos, por consiguiente, que son las reminiscencias de un no santo varón. Es verdad que antes fue gerente de la Ford, asistente de presidentes elegidos y funcionario de gobiernos y agencias extranjeras en cargos indisputablemente legales, incluido el de la influyente USIS (United States Information Agency). Pero también ha sido conspirador (lo reconoce con hidalguía castellana), monitor de dictadores y camarada de sujetos peligrosos. Que haya servido con distinción en cinco presidencias distintas –Alessandri Rodríguez, Frei Montalva, Pinochet, Aylwin y Frei Ruiz-Tagle habla de su pericia y nativa habilidad para estar sabiamente presente en (o retirado) de la cosa pública.

Maura Brescia dijo de él que se ha convertido en el *consigliere* de la República en lo que va del decenio de 1950 al siglo XXI. Esa sentencia subraya que este hombre de estatura algo por debajo de la mediana y retinas astutas, sirvió tras decorados a regímenes democráticos y de excepción, y a mandatarios mejores o peores. Él se reduce a apuntar que “estuvo ahí para ayudar a tomar decisiones a las personas importantes”, dando a entender la regla áurea de todo consejero realmente influyente: él no es importante<sup>1</sup>. Lo que, según la misma regla, es enteramente falso.

El temperamento de su escritura define la personalidad británica del personaje. Estilo flemático, descolorido, sin alegría ni indignación. Forma ajustada al designio de no sobresalir. El resto lo hace un libro ameno y sin desperdicio para quien se arriesgue a repararlo. Está allí el anecdótico del señorial Gobierno de Jorge Alessandri, las tensiones crecientes de la Revolución en Libertad (Frei) y las luchas clandestinas contra la vía chilena de Allende, que consideraron actividades de espionaje electrónico a la mansión del propio presidente de la república, a su gabinete y funcionarios principales, escuchas aprovechadas eficientemente por el antiguo gerente de la Ford. El texto no desmiente que durante el interludio socialista (1970-73) nuestro memorialista cultivó una relación cercana con los comandantes de la extrema derecha terrorista y hasta cierta coincidencia de ideas con la crema de sus intelectuales<sup>2</sup>. Avanzado el libro, aparece naturalmente el lóbrego periodo de la dictadura, a la cual acompañó hasta 1985 con pundonor y experticia, la deserción de ésta y su rauda

<sup>1</sup> Declaraciones a *La Nación.cl* 24.07.2012.

<sup>2</sup> Es coautor de un libro con dos cerebros de Patria y Libertad, Pablo Rodríguez y Gastón Acuña ¿*Qué es el nacionalismo hoy? Síntesis de un ideario*, Santiago, s.n, 1983.

acercamiento a la Concertación. La participación que le cupo después en las dos primeras administraciones de la Transición, narrada sin destemplanza, desvelan los contrasentidos de un proceso de restauración democrática negociada más allá de lo razonable. Se imponía el pragmatismo espeso de Edgardo Boeninger y Enrique Correa y una nueva tecnología del poder. Reclutar a operadores que habían contribuido a sepultar la vieja democracia chilena se convertía, en el nuevo orden de ideas, precisamente en “razonable”.

Sorprende que Willoughby trate tan someramente episodios trascendentes como los de su intervención en la *operación silencio* y los entendimientos que mantuvo con Pinochet antes de la insurrección de septiembre de 1973. Ha llegado al extremo de borrar completamente toda alusión a su contribución al atentado que inutilizó en la madrugada del 11 de septiembre la radio de la Universidad Técnica del Estado, prácticamente el primer ataque efectivo contra un blanco de la Unidad Popular en el marco del golpe de Estado. Sobre esto no ha tenido reparo en hablar con detalle y suficiente anticipación en sendas entrevistas históricas<sup>3</sup>. La omisión reciente quizás se deba a que, estando todo dicho, no desea repetirse. Suponemos.

A ratos cae en confusiones de datos, fechas y onomásticos y en cierto desarreglo expositivo. La narración se desarrolla en espiral con avances y retrocesos inesperados, desordenándose esporádicamente. Pero, al margen de estos deslices, hay dos buenas razones para leer este valioso libro de memorias. Una es el soberbio retrato que nos deja de un Pinochet agorero, venal e inclinado por naturaleza al sadismo. La otra, las revelaciones que hace sobre el inmenso poder soterrado que Colonia Dignidad edificó en el seno de la democracia liberal chilena mucho antes del golpe y del advenimiento del régimen militar, bajo el cual únicamente terminó de asegurarlo. Si no hubiera otros motivos –y los hay– bastarían estos dos para justificar una lectura atenta de esta sagaz mirada dentro de las criptas del poder.

Pinochet, refiere Willoughby, era supersticioso. Creía en duendes y trastos. Si un ascensor demoraba más de la cuenta en llegar hasta él, veía en ese retardo un mensaje enviado por sus geniecillos: no debía tomarlo ni salir del edificio. Era un mal agüero. *Tengo mis reyecitos que me protegen*, solía admitir, aludiendo a los duendes etéreos. Cada dos meses recibía de la alcaldesa designada de Puerto Cisnes, Eugenia Pirzio-Biroli de Godoy, su carta astral actualizada, sin la cual dejaba, a veces, de tomar decisiones. Rezaba cuando el almanaque indicaba martes 13 y lucubraba acerca de la relación entre la numerología y los acontecimientos. El atentado contra su vida en el cajón del Maipo, perpetrado el domingo 7, se transformó en dato intrigante.

Abominaba de la probabilidad de que su cuerpo fuera profanado después de muerto. Sobre todo temía que la muchedumbre se apoderara de una canilla (tibia) suya y la exhibiera como trofeo triunfal. Quizás le daba a esa amenaza una interpretación esotérica<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> Ver los antecedentes que da en *Confesiones* (Santiago, Ornitorrinco, 1989 de Sergio Marras), y a *Caras*, 272, 1998.

<sup>4</sup> Si así fuera, los fastos castrenses son una fuente posible. Las lecturas militares habrán ilustrado a Pinochet sobre la captura de partes del cuerpo enemigo por los vencedores, y el supuesto poder mágico que les otorgaba sobre él, ejercida por multitud de pueblos. Los guerreros mapuches validaban ampliamente esa práctica, especialmente centrada en la adquisición de la cabeza, fémures y tibias del muerto; Ricardo Latcham, *La capacidad guerrera de los araucanos: sus armas y métodos militares*, Santiago: [s.n.], 1915. Por otro lado, en la década de 1940 estaba extendida en las capas campesinas

La parte más kitsch o gótica de todo esto eran las visitas de ultratumba del ánimo de Carlos Prats, el ex comandante en jefe del Ejército asesinado en Buenos Aires por órdenes del régimen. Pinochet, su mujer y su descendencia juraban que rondaba por la casa de los comandantes en jefe del ejército,alzada en Presidente Errázuriz, la que ocupara hasta el golpe, agobiando la estancia y a sus habitantes.

La familia topaba con la aparición en los pasadizos del caserón.

“Las casas empezaron a quedarles chicas. Reconstruyeron totalmente la casa oficina de los jefes del Ejército por dos razones: querían más espacio y, segundo, porque todos veían el fantasma del asesinado general Prats, quien había habitado esa casa y, según ellos, se les aparecía durante las noches en los pasillos. Hubo un periodo de verdadera histeria familiar. Todos eran supersticiosos” (pág. 168).

Esas inseguridades se compensaban únicamente con el fervor por el dinero. El capitán general padecía la misma fiebre aurífera que las viejas huestes españolas. No bien se hizo de la presidencia (1974), realzó el boato del cargo disponiendo que ese metal autorizado se “viera” en los símbolos personales del poder: anillos, insignias y hasta en un báculo de mando recamado, además, de plata y lapislázuli. Una vez declarado hijo ilustre de una ciudad que visitaba, cada edil debía donarle una moneda de oro de 18 quilates. A la usanza de Franco.

La riqueza fluyó a todo el clan desde fuentes distintas. Se trataba de enriquecimiento espurio y enriquecimiento lícito, sacando ventaja del manejo de las influencias, del apellido y la nueva posición. Tráfico de armas, cobro de comisiones, participaciones en regalos fastuosos y negocios inmobiliarios, movimientos de capitales y fondos reservados, ventas de seguros del Estado a empleados públicos cautivos, administradas por la hija mayor, funcionaria fiscal, a su vez; compra obligatoria por el personal de las FF.AA. de los libros de Pinochet (elaborados por escritores fantasmas), lo que incrementaba los derechos de autor del general, y otros latrocinios.

“Los hechos posteriores demuestran que [Pinochet con sus familiares] cruzó la frontera de la honorabilidad sin miramientos” (pág. 177).

Estaba habitado por un sadismo silvestre.

Willoughby, que lo conocía desde 1969, se sorprendió del rápido incremento de esta tara luego del golpe. “Advertí con sorpresa cómo empezó a surgir en él una tendencia a la crueldad” (pág. 168). En subsidio, era quien tenía más carácter y don de mando dentro de la junta.

“En compensación de sus pocos amigos, era enemigo implacable. Tenía ardidés que revelaban su crueldad innata, de características que se cultivan desde la niñez en el trato con los animales, en los juegos” (pág. 174).

---

y populares nacionales las posibilidades “virtuosas” que proporcionaba la posesión del hueso de un muerto, derivada de las creencias “araucanas”, incluyendo el poderío sobre un muerto al cual se le hubiera extraído una pieza de las extremidades inferiores desde su tumba; cfr. Julio Vicuña Cifuentes, *Mitos y supersticiones, estudios del folklore chileno recogidos de la tradición oral, con referencias comparativas a los otros países latinos*, Santiago, Nascimento, 1947. Reveladoramente, Pinochet creía que la apropiación de su canilla daría a los detentadores de la reliquia ósea poder sobre él una vez fallecido. Le dijo a Willoughby que se pasearían exultantes voceando ¡Tengo a Pinochet! ¡Aquí tengo a Pinochet!

No era, digámoslo así, una deformación profesional, un dato adquirido por contagio en la milicia. Venía con él al entrar a la Escuela Militar.

Lo ejercía no solo con prisioneros y opositores políticos. Gustaba martirizar a sus subalternos; hacerlos caer en crisis nerviosas calculadas, desgastándolos física y mentalmente a través del ejercicio despótico de la autoridad. Uno de los métodos de degradación, v.gr., consistía en negar durante semanas, así fuera un general de la república, y sin mayor justificación, audiencia a quienes la necesitaban con apremio, solo para contemplar la humillación y el estrago físico producido en el sujeto al trascurrir del tiempo. Le divertía verificar después que, bajo la tensión y su indiferencia estudiada, el penitente había enflaquecido yendo y viniendo al vestíbulo de su oficina. Otra modalidad perversa era, p. e., “cortarle” arbitrariamente a alguien la carrera militar para luego inquirir pormenores sobre la congoja ajena: ¿Qué cara había puesto el victimado? ¿Qué dijo? ¿Estaba la esposa presente? Gustaba de “ver” el rastro del padecimiento infringido en el elegido.

No había en esto, que conste, rivalidades u odios individuales. Las víctimas podían ser altos mandos considerados cercanos o hasta amigos del presidente de facto. La humillación y el rebajamiento constituían un acto impersonal en tanto no le reconocía al martirizado dignidad de persona. Se trataba de pura y simple saña. Deseo de crueldad y de placer procurado mediante esta gimnasia alevosa. Cualquiera podía convertirse en chivo emisario.

Digamos que en el Chile de la dictadura otros actores se dedicaban a algo semejante, pero con estilo institucional. Estaban el coronel Manuel Contreras y la Gestapo chilena, la Dirección Nacional de Inteligencia (DINA), por ejemplo, que incitan en Federico Willoughby latos comentarios y condena. O Colonia Dignidad, sobre la cual hace un croquis memorable.

Dignidad era un poder paralelo y aterrador mucho antes de la insurrección militar desde 1973. Cuando el memorioso Willoughby la visitó en 1971, pensando en conseguir ayuda para resistir a la Unidad Popular “con elementos modernos”, el enclave alemán conformaba, con su predio el Lavadero, una estructura de guerra y un Estado paralelo. “Sus nuevas dependencias nos asombraron por la tecnología, comunicadores y cámaras de vigilancia. Polígono de tiro, antenas disimuladas como vegetación, alarmas subterráneas y un taller de maestranza” (pág. 121), además de pistas de aterrizajes, aviones ocultos bajo tela de camuflaje, profusión de radios y transmisores manuales, ingenios mecánicos –especies de sofisticados “miguelitos”– capaces de horadar el neumático más denso, vehículos para transportes clandestinos enmascarados como ambulancias, autos acondicionados con patente diplomática, hospital, consultorios, botes del alta mar, canteras, depósitos misteriosos. Los comandos de Patria y Libertad tuvieron allí campos de adiestramiento y santuarios de protección.

Tres años después, el equipamiento había prosperado. Pinochet y el coronel Contreras asistieron en la casa principal a una muestra de pertrechos bélicos avanzados y refinados artefactos de inteligencia –diversidad de ametralladoras, armas con silenciadores y elementos para automóviles vistos apenas en películas de espías. “Cada producto tenía en una ficha sus características técnicas” (pág. 123).

Presidía y vigilaba todo, sin exceptuar a los convidados, el ominoso Doctor Paul Schaeffer.

Su influjo había crecido hacia 1974. El reducto germánico servía a la DINA como centro de espionaje, detención, tortura y ejecuciones. Mas el Doctor tenía ahora relaciones mejor reputadas, urdidas desde antes del golpe militar.

“Jaime Guzmán, cuando organizaba a sus dirigentes, alguno de los actuales coroneles<sup>5</sup> fueron huéspedes del Doctor, antes y después del 11 de septiembre. Tuvieron reuniones en El Lavadero” (pág. 123).

La verdad es que Schaeffer conocía al cerebro de la ultra-derecha nacional de mucho más atrás. Cuando Willoughby visitó la Colonia en 1971, el Doctor se ocupó de darle a entender “que conocía las tareas del Comando de Acción Gremial [opositor activo al gobierno de S. Allende], a Jaime Guzmán y sus seguidores” (id.).

De cosas de esta jaez está lleno el libro. Debe leerse. Por Chile. Comenzará a entender cómo se lo ha construido hasta no hace mucho..

EDUARDO TÉLLEZ L.  
Universidad Bernardo O’Higgins

<sup>5</sup> Jerarcas de la Unión Demócrata Independiente (UDI).